

CALLE REAL

"UN LUGAR CON HISTORIA"



M. Angeles
Bernárdez
- Almería -

Probablemente habrá muchas calles con este nombre reparadas por los pueblos y ciudades de nuestra Andalucía. Muchas personas habrán nacido, vivido, o transitado por ellas, sin reparar en su pasado histórico. En mi caso, desde niña, la Calle Real a la que me refiero marcó importantes momentos en mis primeros años de vida; en el transcurso de estos años, la frecuenté de tarde en tarde; después quedó relegada en mi devenir cotidiano, aunque no olvidada. En el presente que me sostiene, ha vuelto para quedarse entre estas líneas escritas donde tiene cabida un fugaz paseo por su historia. Junto a las columnas que imaginó Perceval, de espaldas a la mar, la Calle Real ha sido durante muchos siglos uno de los más importantes ejes viarios de mi ciudad. Fue el centro del arrabal del Oratorio, el barrio comercial nazarí, el entorno de la ciudadela cristiana acosada por piratas y moriscos, el enclave señorial del XVIII, y el liberal e intelectualizado del XIX. Puedo

imaginar la puerta de la Mar abriendo sus tres arcos entre columnas y adornos neoclásicos, en el Parque, a la entrada de la Calle Real, donde aún muchas de sus antiguas casas conservan el alero de esquinitas típico de las construcciones mudéjares. De las tres puertas existentes en la cerca del arrabal de la Muralla (puerta de la Mar, de la Vega y de Pechina), la de La Mar se hallaba situada al final de la Calle Real. Los castellanos la comenzaron a llamar calle de la Mar, quizá por herencia musulmana; y Calle Real, nombre que ha mantenido hasta nuestros días. Su trazado es natural. Se reproduce sobre el somero barranquizo que recoge las aguas del llamado cerro de San Cristóbal y de las calles aledañas hacia la mar. En los últimos siglos de la Almería musulmana y en los primeros de la Almería cristiana, en la Calle Real se concentró el movimiento comercial y artesano, el bullicio social y popular de la ciudad, desfilaron los cortejos más importantes, las procesiones generales, las rondas y las mojigangas, dedicándole el Ayuntamiento los primeros cuidados urbanísticos. Junto a la puerta de la Mar estuvo situado (1584) el convento de la Stma. Trinidad. Los Trinitarios, dedicados a la redención de cautivos, fue-

ron los primeros frailes que vinieron en la época musulmana y rindieron tributo de sacrificio en el cautiverio voluntario, y de sangre en el martirio; muchos fueron inmolados. Éstos fundaron el convento junto a la ermita de San Sebastián (1505), y más tarde una iglesia que se bendijo en tiempos del obispo Argaiz (1645). En ella, se veneraban a San Indalecio y, por aclamación popular varios siglos antes que Roma aprobara su culto, al beato Marcos Criado. En el siglo XVIII le añadieron Calle Real de la Cárcel, al construirse en sus inmediaciones la cárcel pública. Los revolucionarios (de 1868) la dedicaron al general Espartero y los republicanos (de 1873 y 1931) al general Riego. El primer tramo esta calle fue desde el principio asiento de posadas y mesones, hospedajes de mercaderes y transeúntes; la zona de la ciudad donde se hallaban las lonjas de contratación de la Almería musulmana, manejadas desde el siglo XIII por catalanes y genoveses. En la memoria histórica suena el "Mesón del Montenegro" y "Toro, el Mesón de la Alcantarilla"... La primera posada con vitola fue la de la Mar. Tuvo casa, en esta calle, el "Negro Juan Latino" oriundo de los Filabres, que en 1575 fundó una memoria de la cate-

dral. También la tuvieron los Bocanegra, frente a la calle del Emir. El vástago más famoso de esta familia fue don Francisco Alejandro Bocanegra y Gibaja, natural de Santa Cruz de Marchena, catedrático de Filosofía en Salamanca, penitenciario de Coria, arcediano de nuestra catedral, obispo de Guadix, arzobispo de Santiago de Compostela y cardenal. Si la recorremos a pie, nos podemos hacer una idea del trazado de esta vía por los tramos estrechos en que se quiebra. En las plantas bajas de las antiguas casas abrieron sus puertas distintos comercios, entre almacenes, tiendas, posadas y mesones. Durante los siglos XVII y XVIII se derribaron o fachearon viejas casas musulmanas y se construyeron otras de traza y fachada mudéjar, renacentista o neoclásica, de las que van quedando pocas por derribo o por transformación. El precio de una casa principal en esta calle (siglo XVIII) oscilaba entre los doce y los quince mil reales, y se alquilaban en mil doscientos al año. En 1806, cuando se pusieron aceras y se pavimentó, los vecinos tuvieron que contribuir abonando la parte establecida según el coste de las obras y la medida que a cada uno le tocaba. Una de las tres fuentes públi-

cas que existían para el abastecimiento de los vecinos, cuando no llegaba agua a los aljibes de la ciudad por la sequía, era la del pilar de las Catarenas, en la Calle Real; en dicho pilar por licencia real de 1494 se levanta una noria. También tuvo esta calle un importante depósito distribuidor de las aguas públicas; desde este depósito se dirigen las dos terceras partes del agua pertenecientes a la ciudad. Y apenas si se puede considerar una placita la de San Gabriel, en la que la Calle Real abraza a la contigua calle de las Tiendas. En la placita una pequeña mezquita musulmana se convertiría con el tiempo en ermita. Aquí, hacían descanso las procesiones que recorrían la carrera oficial; aún, hoy, su trazado sigue siendo camino procesional. Ha sido y es escenario fortuito o concertado para las desgarradas notas de una saeta incendien el aire; como las que se pueden sentir al escuchar el cante por saetas de mi buen amigo, Profesor-Cantaor, Alfredo Arrebola, y colaborador de este semanario, en Semana Santa. Alfredo así como otros cantaores nos regalan y dejan a esta, para mí, especial calle, unas entrañables vivencias compartidas. A día de hoy, es lugar de encuentro de amigos y visitantes, en continuo ir y venir; desde siempre, un lugar con historia.

Necesidad de mejores políticos



A. García-Berbel
Mudarra
- Granada -

Ante la mala prensa de los políticos, hay que escribir y hablar en defensa de los decentes, que son la inmensa mayoría que conforman las formaciones políticas del arco parlamentario español o están al frente de los organismos y administraciones públicas. Es lo que innovó hace poco más de una década Dahrendorf. Hay que tener clara una idea fundamental, los políticos, aunque les nombre ministros o sean elegidos para Alcaldes o concejales de cualquier municipio español, no reparten libertad ni prosperidad, ni siquiera los presidentes de los gobiernos, por mucho

que deseen apropiarse del mérito de acontecimientos, previsiblemente buenos, o engolen su voz en los discursos preparados; las crean y las proponen los ciudadanos, la sociedad civil. Por tanto, no exageremos la importancia de los políticos y mantengámoslos en su lugar.

Aun así, está claro que ese lugar no carece de importancia. Los políticos son los guardianes de las normas de la vida pública (aunque precisen la ayuda, a veces, de fiscales y de jueces de instrucción, en ocasiones), y también son los que marcan el tono de una comunidad. No debemos olvidar que la sordidez y la corrupción, en España, de los años ochenta y noventa, del recién acabado siglo XX, comenzó por arriba, en las personas elegidas por los propios presidentes de los gobiernos o a instancias de sus más allegados. A título de ejemplo, recordar las "hazañas" de miembros de los últimos gobier-

nos socialistas o altos cargos de los mismos, Barrionuevo, Vera, Roldán, etc. Los españoles comprobamos que cuando no se observan las normas del Estado de Derecho o se carece de principios éticos, sobre todo con el erario público, la sociedad entera sufre.

Esto plantea de inmediato una pregunta: ¿cualquiera puede hacerlo mejor que los políticos? Ya he mencionado los jueces y los fiscales. Pero cuando se meten en política o quieren halagar a los gobernantes de turno, en bastantes ocasiones, traicionan su neutralidad fundamental. Se convierten en algo parecido a unos árbitros que meten la pata para desviar la pelota hacia una u otra portería.

En España, hemos observado como muchos votantes han buscado en su desesperación a antipolíticos para que les saquen de

apuros y gobiernen algunos municipios. Si examinamos su historial, hacemos un extraño descubrimiento: algunos de los antipolíticos se convirtieron en políticos y son objeto de las mismas dudas que la vieja clase política. Es más, algunos esta noche del 02-04-2006, duermen en la cárcel, léase ediles de Marbella y otros aprovechados de la administración local marbellí.

Después de todo, también existen los líderes honrados. Un buen político sabe lo que se puede hacer y lo que no. Puede intentar lo imposible y perder, pero si eso ocurre ha calculado el coste -y el beneficio- de la derrota.

Probablemente sea cierto que a una vieja y determinada clase política se le ha terminado la cuerda. Lo que es verdaderamente cierto que una nueva clase política no ha surgido todavía.

Está claro que la respuesta a la falta de popularidad de los mandatarios públicos no es que no necesitemos dirigentes, ni siquiera antipolíticos. Necesitamos mejores políticos. Es deseable que los buenos gobernantes sean personas que tengan un buen historial demostrable en otro campo y luego hayan aprendido las habilidades de la "res pública". Que nuestros mandatarios no sean simples aficionados, pero tampoco están completamente casados con la profesión política. Si les echan del poder, saben qué hacer. Puede resultar necesario que todos hagamos un esfuerzo para atraer a ese tipo de personas, aunque les disuada el clima actual de hostilidad hacia los políticos "corruptos", como diría don José Banco.